EL ESCRITOR DON JUAN VALERA

POR
RAMON DE GARCIASOL

I

UN ENTENDIMIENTO DEL ESCRITOR

QUIÉN es escritor? En principio, y para no decir nada, el que escribe. ¿El que escribe qué y cómo? Porque también escribe el escribiente y no es escritor. Escribir materialmente, llenar cuartillas, no da prueba de escritor, como no es suficiente para merecer el nombre de poeta hacer renglones de la misma medida, colocados unos debajo de otros. Escribir es un acto necesario, como la salida del sol. Escritor es el que escribe lo que lleva dentro, el que se recrea a sí y al mundo, el que interpreta artísticamente lo que sucede fuera de él. Escritor es el que tiene necesidad de decirse literariamente. Esto es, el que tiene conciencia de sí, de su tiempo y de su mundo; el que es capaz de reflexionar, ordenar y explicar sus sentimientos y darles o encontrarles significación.

¿Cómo escribir de esto para ser escritor? Gracián nos dará la gran contestación: no contentándose con la verdad, como el juicio, sino aspirando a la hermosura. El filósofo se limita a la verdad; el escritor ha de empezar a partir de la verdad; ha de construir sobre cimientos verdaderos y humanos.

Escribe el escritor y escribe el pensador. Ambos se valen de los

mismos materiales visibles: la palabra escrita. Y los dos realizan diferente función. Uno crea o re-crea; el otro investiga sobre lo ya creado, pretendiendo encontrar el sentido, la conexión y unidad entre el mundo y el hombre. El pensador, presionado por la necesidad de explicarse la vida, dolido de la insuficiencia de su conocimiento, pregunta a las cosas incesantemente cómo son. El escritor, a veces, sacrifica la verdad a la verosimilitud cuando es más bella, al ritmo, a la gracia, al estilo. ¿Pero no es el estilo la expresión del pensamiento, el ritmo personal del pensamiento, la propia conformación mental en acción que se distingue de los demás? ¿Qué escritor verdadero no piensa, no se duele? ¿Cabe distinguir entre pensador, escritor y poeta? ¿No serán los tres nombres fragmentos del hombre superior que llamamos genio literario? ¿No es el escritor el terreno imprescindible sobre el que predomina el pensador o el poeta? Con la palabra, el filósofo pregunta, desazona; el poeta afirma, contenta.

Mas no bastan aquellas exigencias que suponen una naturaleza especialmente conformada para la recepción, reflexión, dominio de la palabra, temperatura, tono y timbre de lo escrito; que la buena prosa, a más de significante, ha de sonar claramente como las monedas de la buena plata vieja. Ser escritor es un consecuencia de ser hombre; el escritor, como todo lo histórico, se da en el hombre. Y el hombre, a más de yo, es circunstancia, se nos ha dicho; es decir, lo que sea el pavoroso ser hombre, mas historia, tiempo con lugar y fecha, tiempo determinable y sin vuelta, en el que ocurren tales cosas y nada más que esas cosas. A más de conciencia de sí y del mundo, el escritor ha de tener sentido del tiempo, de lo que se debe hacer, de lo que se puede hacer en el tiempo. Y entregarse a lo uno o a lo otro, escoger, con el riesgo que supone toda elección, es tener responsabilidad y libertad: acertar o equivocarse, pagando las equivocaciones sin poder envanecerse mucho de los aciertos.

Como vemos a poco que hurgamos en el tema, ser escritor es algo muy serio. Para ser escritor se necesita ser hombre, algo más que el simple hecho de nacer y vivir con forma humana; vivir en un tiempo determinado, teniendo conciencia y responsabilidad de sí y del mundo que le sostiene, obligado a decir verdad de modo bello, o para obviar concepto tan borroso y discutible, a decir verdad, que en sí comprende la belleza, el bien, la justicia y los valores más nobles. El escritor es la conciencia de su tiempo, y como la conciencia está en vigilia permanente, porque el pensamiento, de donde se nutre el escritor, no cesa de manar ni aun en sueños.

«Disfrutan los labradores sus ocios, disfrutan todos los artistas y obreros—dice Vitoria—; y al ocupar su vida en los días de labor, esperan los descansos de las fiestas, en los que a voluntad aflojan las riendas del trabajo y recrean el espíritu y dan solaz al corazón, olvidados de las fatigas. A nosotros, ni en las fiestas ni en las vísperas se nos consienten estos ocios; para los estudiosos no existen ferias; para los ejercicios literarios no hay vacaciones.» Y ¿cómo va a haberlas, si el lugar de trabajo del escritor está en él, es él mismo alzando el mapa de ese continente desconocido que es el espíritu, que normalmente acaba por comerse a sus exploradores? Hasta que no le abandone el pensamiento no podrá descansar. Y con la quemadora preocupación de la forma, de la belleza, que tiene tantas plumas paradas, más que por falta de tener qué decir, por no saber cómo decirlo, por no encontrar el ritmo en que darse a las gentes. Si el estudioso no tiene vacación, debiendo salir fuera por el sustento, ¿qué vacación tendrá el que lleva la materia de su rumia en sí mismo, fuera de los ratos de alteración, estupidez o sequedad, tan abundantes y dolorosos? Para el creador siempre es día de trabajo. Los demás disfrutan coincidiendo en su alegría potenciada con las alegrías de los otros. El anda solo; y bien saben los escritores y los que les quieren y padecen viéndoles tan sin gusto, que la afirmación, ni es consoladora ni tópica.

Añadid a lo expuesto que el talento es imperdonable, aun pudiendo dedicarse a él. Si por desdicha se da en un mal dotado económicamente, el dolor se hace molesto; freno y no espuela. Por eso hay hombres que chirrían, intentando avanzar con las acciones frenadas. El talento, fuera de los que pueden atenderle por su posición económica, no es de envidiar. Es una enfermedad incurable, que debe llevarse con alegre decoro, para la que no existe más medicina que la muerte. Y encima de que se nace con él, gravado con él, en los períodos críticos de la Historia, el escritor es juzgado y ejecutado, con lo que se le hace el alto honor de considerarle peligroso o benéfico.

El escritor, por lo visto, no es un cualquiera. Ser escritor es una aspiración digna del hombre, aunque se acabe una mañana con un abejar de balas en el pecho. Tal como consideramos nosotros al escritor, parece confundirse con el más alto tipo humano; y no anda descaminado quien tal piense. Por lo mismo, da la temerosa impresión de que hay muy pocos escritores.

¿Quién puede aspirar dignamente al título?

¿En qué hombre se reúnen vocación inexorable, gracia expresiva, conciencia propia y del mundo, sentido de la responsabilidad,

concepto religioso del ejercicio de las letras, valor para quedarse solo o ser eliminado por decir la verdad? ¿No se puede ser escritor sin cumplir estos requisitos, sin que se den en uno estas exigencias? Sí. El escritor es una abstracción. Existen escritores más o menos cercanos al ideal.

Mas la intención, la grandeza o la miseria, la potencia o el desmayo salen a las palabras como el amor a la cara. En cada escritor se puede tomar el pulso a su calidad, porque no ocultamos nada, aunque no haya quien lo sepa ver; incluso nos revelamos al ocultarnos. Cada frase de un escritor, en los ratos en que merece ser escritor, es una ventana abierta a su espíritu, por más que existan pocos lectores capaces de llegar a verlo, por frivolidad, por pereza, por prisa o por incapacidad. Rarísimos hombres saben lincear corazones, seguir en palabras el ascender del pensamiento en vuelo.

Dijimos que el escritor sólo se da en el hombre. Añadamos que las cualidades que encontrábamos en el escritor son presupuestos imprescindibles, como la limpieza y la dulzura en la mujer; no méritos: necesidades.

Ya tenemos al escritor. Mas el escritor vive en el hombre, en un hombre, y ese hombre vive en un mundo y en un tiempo. Si nada externo lo impide, quien reúna las condiciones últimas que hemos apuntado, podrá escribir. Pero el escritor siempre fallará, más que por su capacidad, por los obstáculos de fuera, por los impedimentos con que tropiece o se invente; que para los efectos, da lo mismo.

Veamos algunos dolores del escritor en un escritor concreto: don Juan Valera.

II

DOLORES DEL ESCRITOR DON JUAN VALERA

Don Juan Valera es un escritor cuya vida y obras son muy conocidas, al menos de nombre. Don Juan es una de las figuras más atentamente estudiadas, miradas desde más puntos de vista. Esta predilección por Valera explica su dimensión humana e intelectual. Valera es de los pocos escritores españoles del XIX, que a más de formidable prosista, era un hombre de gran cultura. Escribía por vocación y por consciencia. Sus frutos no eran graciosas apariciones en el árbol. De ahí las vueltas que se dan a Valera, un Goethe menor, como si hubiese el barrunto de que se puede encontrar en él alguna clave humana y literaria. Vivió en las letras, pero también vivió en el mundo. Se ocupó de pensamientos y de hombres. Supo

y tuvo gracia para decir su saber. Su prosa no es mera formalidad, pura música celestial, sino pensamiento. Y da la casualidad que las obras perdurables han sabido amalgamar la creación, apoyada en la realidad, con el pensamiento. Mas como la realidad, al adobarse literariamente queda desconocida, recreada, con un ser distinto, o con el hueso oculto a los ojos, como el brazo o el melocotón, es difícil encontrar al hombre vivo y efectivo en su obra, normalmente idealizado o fantaseado. Así se explica el fabuloso interés de la correspondencia, de las memorias, confesiones y diarios de los escritores. Allí suele estar el hombre, ese desconocido, como se ha dicho, al que tanto interés tenemos en conocer. Y si no está el hombre, quedan las huellas, el rastro de su paso y su perfume.

Es posible que vivamos una de las horas más graves y prometedoras de la Historia, que se está haciendo mayúscula. Aunque bajo la angustia hay fundamentos de fe, nos tiemblan los cimientos. Por eso nos volvemos al hombre con tanto ahinco; al hombre que ha sido en otro tiempo, para averiguar si lo que nos pasa es por nuestra condición humana o es que nos ha tocado vivir un momento crítico; si nuestro dolor es único y tiene grandeza, o es la pena por el calderoniano delito de haber nacido.

Una de las correspondencias más interesantes de la literatura española, desde el punto de vista humano, es la de don Juan Valera con don Marcelino Menéndez y Pelayo. En ella aparece el hombre y escritor Valera, mejor que en ninguna de sus novelas, ensayos o poemas, menos cuidadoso de ocultarse tras sus personajes, de sublimarse en ellos.

Nadie puede hacer dejación de su personalidad, a condición de que la tenga. Así, don Juan Valera, cuando sale de lo literario y zascandilea en política o diplomatiquea por esos mundos, actúa como escritor. Como en la contestación famosa, don Juan era un escritor que en los ratos de ocio se dedicaba a la política, con el mínimo fervor, dicho sea en justicia. Es más, en sus cartas se manifiesta que la diplomacia fué para él un intento de liberación económica para poder escribir a su sabor. Este ha sido el sueño de los escritores españoles. ¡Poder escribir lo que se quiera, a la hora que se deba, sin tener que abandonar lo que importa para la necesidad de ganar para subsistir, para existir mientras llega el momento de vivir, que por lo general adviene tarde, mal y nunca!

El *Epistolario* de Valera comprende los temas de *siempre* entre escritores: familia, sociedad histórica, problemas del instrumento verbal, penuria económica, enfermedad, abatimiento, entusiasmo, esterilidad creadora. Todas las oscilaciones de esa llama alimentada

de sí, que es el hombre, que se consume más pronto cuanto más vívida fulge. Su enorme interés está en ser lo de siempre, en un hombre determinado; en resultar un espejo aleccionador para el que se mire atentamente; porque vamos al mundo a buscarnos y miramos a los demás para vernos. Y trata los problemas con la tranquilidad y falta de recelos que permite la confianza y la discreción, pues, por desdicha, sólo los chicos y los tontos, los que no tienen nada que decir, dicen la verdad. Escribe sus cartas un poco para nadie, aunque vayan dirigidas a don Marcelino, y desde luego, sin pensar en nosotros, en el lector, como ocurre con el libro. Y precisamente cuando nos olvidamos del público, cuando nos dejamos a un lado, acertamos los hombres a lograr la universalidad. En el corazón de don Juan estaban todos los corazones de los hombres; por eso, cuando nos enseña el suyo, nos encontramos con el nuestro.

Hombre que no se lamente, no es hombre, y más si es escritor. El hombre, en general, y particularmente el hombre escritor, es una criatura lamentable. Mas hasta en la queja hay grados. Y el escritor tiene las razones de los hombres para lamentarse, más las suyas de escritor. Necesita, a más de lo que todos, ocio, paz interna y externa, atención. Y el ocio fecundo, como la paz y la atención que da el amor, no se compran con dinero, pero no son posibles sin él. Y dinero suficiente no se gana con la pluma, única herramienta de trabajo que sabe manejar un escritor. En España, escribir es abstenerse de vivir como las personas, tanto como llorar, según quería Larra.

Oíd a uno de los grandes de la pluma dolerse de su indigencia: «Es menester ganar dinero escribiendo, y para ello, en España, donde tan poco y tan mal se paga, importa convertirse en chorro continuo de tinta, o poco menos.» Pero escribir no es un oficio mecánico, sujeto a reglas, capaz de dar resultados a voluntad, de consecuencias predeterminadas y rendimiento fijo. Afortunadamente, tampoco es trance, aunque sea temple, ni estado mediúmnico en el que se trabaja de altavoz del misterio. Lo cierto es que no se puede escribir cuando se quiere con necesidad económica, no con necesidad vital. Mas la inspiración viene trabajando, según Baudelaire. Hay que trabajar siempre, esperar trabajando para que cuando llame la inspiración a nuestra puerta podamos recibirla. Y hay que trabajar de joven para poder llegar a viejo y no haber perdido la vida.

¿Son más sazonados los hijos de los jóvenes o los de los viejos? Las grandes obras, incluso en lo poético, no en lo puramente lírico, en lo espontáneamente vegetal, se han dado en la alta madurez,

cuando escribir no puede ser vanidad o broma, pues el hombre se ha quedado en lo esencial. La juventud es más flor que sazón, más gracia que pensamiento. ¿Y es que no valen tanto la flor y la gracia como la sazón y el pensamiento? Quizá más, aunque no perduran; su relampagueo deja dolor y no consuelo. La juventud no es la edad plena del hombre. Según para qué, nos advierte la sabiduría. La juventud es un estado perentorio, un sin hacer. Como no cabe dar normas infalibles, debemos trabajar siempre, al menos para no tener remordimientos cuando lleguemos a viejos, como don Juan: «Todo esto proviene de que yo he empezado tarde a ser laborioso. Cuando joven no pensaba más que en tontear y perder el tiempo en fiestas y tertulias. Ahora que quiero trabajar, apenas hay días en que pueda yo con mi alma: la tos, los dolores reumáticos, los de estómago y de cabeza y otros mil alifafes me ponen incapaz y estéril.»

Parece que perder el tiempo en cháchara y tertulia es propio del escritor. No se puede estar a toda hora lleno de ideas, de personajes, de versos. Y los intervalos, mientras vuelven las aguas a la fuente, parecen ociosos; como si la gestación fuese un espectáculo y no un oscuro e inquietante caminar, del que a veces ni nosotros tenemos noticia. El ocio y el subconsciente trabajan por nosotros, como ocurre a veces, que el consonante nos trae ideas que no teníamos.

No en una ocasión, en muchas, se queja Valera de sus ocios juveniles; él que fué desde presidente de tribunales de oposiciones universitarias hasta académico de la Española, Ministro en Lisboa, Washington, Bruselas..., y adquirió estudiando de firme, a más de a golpes de talento, una cultura insólita para España en el siglo XIX. Sus medios instrumentales, sobre todo en lenguas vivas y muertas, eran extraordinarios. «Esto tiene, amigo mío, haber sido un paseante y un vago cuando mozo, que ahora, cuando viejo, desea uno escribir, y falta tiempo, salud y brío.» Y esto se lo decía al joven Menéndez y Pelayo, uno de los españoles más trabajadores de todos los tiempos. Don Marcelino, leyendo al maestro, debía sentir una descarga nerviosa en la columna vertebral, y se pondría a trabajar con más fervor.

La preocupación capital de Valera, hombre de fortuna por su casa, es la pobreza del escritor, su indefensión. Sabía como todo el mundo que se dedique a escribir, que la necesidad material no ayuda a escribir mejor, aunque fuerce a escribir más, a convertirse en «chorro continuo de tinta». Por eso pedía propaganda y jaleo para sus obras. La publicidad, y más si es inteligente, ayuda a vender.

«Hablando con franqueza, pido a usted y a sus amigos *bombo* para esto y para todo. (Se refiere a su diálogo amoroso-filosófico *Asclepigenia)*. Necesito ganar algunos ochavos escribiendo, y los *bombos* son indispensables.» En otro momento ruega lo mismo: «Dentro de diez días, a más tardar, saldrá también al público mi tomo de *Disertaciones y juicios literarios*, con cerca de cuatrocientas páginas de letra muy metida en cuarto. Va en dicho tomo lo menos malo de cuanto he escrito. Pido *bombo* para todo, a fin de facilitar la venta.»

He aquí a don Juan Valera, y es muy humano, pidiendo, no ya crítica de amigos, sino bombo descarado, no para presumir de genio o de talento, sino «para facilitar la venta», a fin de poder obligar al editor para libros futuros.

La carta más amarga de Valera en esta correspondencia llena de pensamientos que desazonan y desazonarán a los escritores, si no se remedia su fortuna, es la que lleva el número 21. ¿Qué vocación, qué incapacidad para otra actividad no hay que tener para poder seguir escribiendo después de saber esto? Dice Valera:

«Y ya me hallo viejo, algo achacoso, pobre y sin esperanzas, y con la ilusión de ganar algo escribiendo, casi perdida. En España, un escritor de mediano sentido común me parece un sastre bueno de París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda, donde la gente anda aún con taparrabos, si acaso, pues tal vez ande hasta sin eso.

»Aquí nadie gana dinero sino con la usura, el robo, la estafa, el contrabando, la trata de negros y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura, cuando no un arroyo de lágrimas y de sangre. Nadie más pacífico ni más conservador que yo, aunque tengo harto poco que conservar...

»Y lo que más me enoja y ofende y abochorna de no ganar dinero no es el no ganarle, sino el desdén con que le miran a uno los tunantes y galopines que lo ganan, y que nos califican de cuitados, de flojos, de tontos y de parapoco. Vaya usted a persuadir a M... de que no somos unos mentecatos de a folio que no servimos para nada. Yo casi me lo voy creyendo ya, por lo que a mí toca.

.....

»Consolémonos con que nosotros tenemos ciertos deleites soberanos en la contemplación de la belleza pura y en la investigación de la verdad, que esos animales de judíos no alcanzan.»

La reacción del final es muy típica del escritor. Se queja, se encrespa, parece que va a pasar a la acción, y suspira desprecios volviendo la espalda a «esos animales de judíos», para irse a contemplar la belleza pura o a investigar la verdad..., no a hacer dinero. Y es que un escritor, que para lo suyo es superdotado, para lo demás es incapaz y necesitado de tutela. Es malo, a los efectos del triunfo económico, saber demasiado—si esto fuera posible—o sentir más agudamente que el resto, porque se acaba explicando la razón de los que nos apalean, en vez de defendernos. Aquí hay una debilidad infantil cargada de pensamientos que atan las manos. Ser escritor es razonar el dolor y justificar las acciones de los demás. Por eso la compasión, no sin cierta envidia, que le prodigan los hombres de acción social. El saber, el conocimiento, estorba para muchas empresas, porque quita hierro, hace inofensivo. Embiste mejor un buey que una cabeza pensadora. El escritor tendrá que oír del capitán de industria que contempla su biblioteca, lo único importante de la casa: «*Esto*—¡los libros!—le impedirá ganar dinero. Yo no leo. Si usted fuese capaz de olvidar todo *esto*, ganaría más dinero que yo, porque es más inteligente.»

Hemos dicho que el escritor se da en el hombre, con el que es un tanto incompatible, pues los escritores debieran ser ángeles sin necesidades. Una de la misiones que debe cumplir el escritor es casarse y tener hijos. ¿Pero puede casarse? Esto no se lo plantea la Naturaleza; da la necesidad, y que cada cual se la resuelva como sea capaz. ¿Puede y debe casarse el escritor? ¿No añadirá problema a su problema? ¿Entenderán sus silencios, sus rarezas? ¿Son compatibles dos amores, los dos absorbentes, en el corazón de un hombre? Yo afirmo, contra las fanfarronadas y los abatimientos, que un escritor sin mujer, sólo con nostalgia de mujer, con desazón de hogar, está mediado. El escritor debe casarse, aunque quizá no pueda, no por incompatibilad con nada, y menos con sutilezas o vicios, sino por falta de dinero. Una mujer puede anular a un hombre; una mujer puede salvar a un hombre. Lo que pasa es que hieren más los desgraciados, porque la desgracia es escandalosa y la felicidad no suena. También hay menos escritores que hombres, y por lo mismo son más notorias sus vidas, un poco a la intemperie. Lo normal es ser infeliz, en el hombre y en la mujer, pero es tristísimo no haber tenido ocasión de probar la capacidad de felicidad o de fracaso.

El escritor Juan Valera se casó, como era normal en otros tiempos. Su mujer, a creerle a él, no era un modelo de administradora. Siendo Ministro en Lisboa en 1883, escribía a Menéndez y Pelayo

el 3 de marzo: «Después de estas briegas diarias para que alcance el dinero, me da calentura, me abato, me acoquino, me disperso y no valgo para nada. Hay días en que recelo que esta vida de angustia económica es una a modo de castración intelectual, y que yo no escribiré nada ni valdré nada mientras siga así y no me vuelva a la bohemia por completo.» Si el escritor fuese capaz de llevar a la práctica todas sus ideas, sería temible y avasallador. Pero no sabe más que lamentarse. Cuando no tiene, de que no tiene; cuando es Ministro, de que el cargo le quita tiempo para su trabajo literario. En el mismo don Juan, fuerzas superiores a la voluntad, al deseo, le obligaban a seguir amarrado a la Embajada. Por él, volvería a la bohemia, a quedarse en mitad de la vida con el día y la noche por capital. ¿Y la familia? Y hay que uncirse al carro. «En fin—dice dándose por vencido y desautorizando el arrebato verbal de hace un momento—, todavía quiero ver si saco fuerzas de flaqueza y valgo para alguna cosa, sin dejar este turrón, para que mi mujer no diga que no miro por ella y por los hijos.» Antes, desde la misma Lisboa, había escrito: «Aquí estoy tan aburrido porque la vida es tan difícil económicamente, porque mi mujer tiene poco arte para gobernar una casa...» Ni aun en don Juan Valera, rico por su casa, mimado por la fortuna, es boyante la economía. A tomarle al pie de la letra, su vida fué un calvario espantoso. El escritor tiende a exagerar lo bueno y lo malo, y más si le ocurre a él. A don Marcelino le escribía en 1888, con su muletilla característica: «En fin, yo quiero estar alegre, sereno y contento; pero aseguro a usted que por ningún modo ni estilo me sonríe la fortuna y voy entrando en una vejez tristísima y angustiosa, con pobrezas y apuros por las muchas necesidades de mi familia.» Y le recomienda lo que aconsejan los que se han casado: «No se case usted o cásese con dos o tres millones de pesetas, o con una mujer casera que no sueñe jamás con entrar en la *high life*.» Es muy difícil encontrar las condiciones que necesita don Juan para escribir provechosamente, en cuanto a las ganancias del arte, no en cuanto a las humanas de tejas abajo: alegría, serenidad y contento. Y estas condiciones son presupuestos para la labor creadora útil, y, a su vez, consecuencia de múltiples factores: salud, ambiente adecuado, silencio, si no paz, que de paso, son resultados y no causas. El escritor no puede hacer casi nunca lo que quiere, por lo que debe aprovechar bien el tiempo, que pasa mientras se piensa. Motivos extraliterarios, presiones económicas, le hacen aceptar lo que perjudica a su labor, y no se olvide, aunque pueda parecer monstruoso, y con razón, que, generalmente, no ha venido a vivir bien, sino a escribir bien.

Ministro en Bruselas, después de haberlo sido en Washington, don Juan continúa sus lamentaciones, achacando a la familia su esclavitud a la diplomacia: «Si no fuese por mi mujer, hijos y suegra, gente difícil y costosa, no hubiera aceptado yo esto. Hubiera ido a meterme en mi casa. Ahora estoy aquí considerándome como en cautiverio y ansioso por recobrar la libertad. Difícil cosa es; pero la recobraré, si no me muero.»

Don Juan Valera había viajado mucho, y desde fuera había aprendido a comprender virtudes y a ver defectos, no por ganas de herir, sino por amor de perfección. En el *Epistolario*, está observado uno los males endémicos de España: la falta de necesidad de leer, o, lo que es peor, el culto a lo vulgar, a lo sentimentaloide y truculento. No apuntamos el hecho en él por una frase aislada, sino por un machaconeo reiterativo, que le lleva a decir violentamente: «Yo escribiré y yo me haré leer, a pesar de los canallas o de los brutos, con perdón sea dicho, que son en nuestra tierra.» Y es que le desdeñaba la gente y no se le leía lo que se imaginaba merecer o nos creemos nosotros. A Valera le dolía el aire de su tiempo, inferior al aire ideal que llevaba dentro. Y los desdenes de los editores y del público, «en vez de acoquinarme y desalentarme, son como espuela y látigo que me harán saltar y convertir en escritor de nuevo y de veras». Entonces Valera tenía sesenta y un años, poco más que Cervantes cuando se puso a escribir el *Quijote*.

En otra ocasión vuelve sobre lo mismo: «Si en España se leyese algo más y mis libros me diesen algún dinero. Pero los libros dan poco menos que nada», y: «En España se lee poco, y, lo que es peor, no se sabe leer ni gusta la lectura».

Por no variar, los literatos se llevaban mal en su tiempo. En 1889, *Clarín*, el agudo crítico, hombre insobornable que gobernaba las letras españolas desde su reducto ovetense, había reñido escandalosamente en la prensa con el poeta Manuel del Palacio. Con la sinceridad de las gentes de pluma, que todo lo perdonan menos que no se les crea geniales, se sacaron a relucir, o se inventaron, lo cierto y lo falso. Principalmente, dieron un mal espectáculo. Don Juan se quejaba así a don Marcelino: «En España se considera tan poco a los hombres de letras, que es un dolor que ellos mismos, en vez de ensalzarse, se arrastren por los suelos».

Estas quejas, como la canallería y la brutalidad de algunas personas españolas, lo que ensalza aún más las virtudes del resto, no pueden interpretarse como desprecio o ataque a España, sino como varapalo a quienes se lo merecían. España era un amor aparte: «España ha sido—afirma don Juan—y debe seguir siendo una de las cua-

tro o cinco grandes nacionaes civilizadoras del mundo; que no ha habido más después de griegos y romanos. Mas para no perder este privilegio hierofántico, que compartimos con Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, es menester no dormirnos y no dejar que en España tomen los tontos y los brutos el tirso.»

El tiempo en el que el hombre escritor vive, es historia que se realiza en un espacio geográfico, o desde un espacio: su patria. Escritor sin preocupación política, es inconcebible. De sí y del mundo se nutre el escritor. Lo más próximo a mí en lo interior, soy yo. Lo más cercano fuera de mí, la puerta al mundo, la patria. Conmigo y con mi patria—que no excluímos a los demás hombres ni a los demás pueblos—he de tropezar inexorablemente si arribo a conciencia. Conmigo y desde mi patria, por mi patria, he de hacer lo que me esté permitido realizar en el mundo. Y lo mismo que me duelo de mí, me tiene que doler mi patria, tengo que dolerme en mi patria y con mi patria, pues somos imperfectos porque somos. Pero como no me puedo negar a mí, ignorarme, tampoco puedo desconocer mi sustento histórico en el mundo, mi comienzo del mundo: la patria. ¿Qué hacer conmigo y por mí? ¿Qué hacer con la patria y por la patria? Que cada cual dé su respuesta, si la tiene, o se la procure razonando su amor.

Valera, gran escritor despierto, tiene una nobilísima pasión española que no le quita el conocimiento. Y es natural, puesto que la patria es innegable como me lo pueda ser yo a mí mismo, aunque los requisitos legales digan lo que quieran. Se es español desde siempre y para siempre. Mas el nacimiento no basta: hay que ganarse la dignidad del amor, el derecho a ser español con el trabajo honrado de cada día.

«¿No le parece a usted como a mí—le pregunta a don Marcelino—que en España hay más savia, más vida intelectual y más vigor para todo de lo que a primera vista parece, salvo que, por desgracia, así en la esfera de la vida activa como en la especulativa, está dominada por bárbaros y por vulgares y cursis?» Y en noviembre de 1887, con un fino sentido de la responsabilidad, sabiendo lo que supone tener una pluma en la mano, escribe estas palabras contundentes: «El ejemplo de Italia y Alemania me seduce, y me afirma en la idea de que hoy, como nunca, el pensamiento en las naciones prepara la acción, y todo lo que allí se ha creado de unidad nacional y de grandeza ha sido inspirado por los autores de libros. ¿Por qué escribiendo nosotros no habíamos de preparar un gran renacimiento político de España? Bueno es que todos trabajemos en esto con fe, aunque sea desde diversos puntos. Desde hace

cerca de dos siglos, o hemos remedado mucho a los extranjeros, renegando de nuestras cosas, o nos hemos mostrado algo bárbaros por despecho, aceptando acusaciones como alabanzas y haciendo gala del sambenito que nos ponían.» Esta fe en el renacimiento político, base de cualquier otro renacimiento, derrumba el tan manoseado escepticismo de Valera. Asomado al mundo, con perspectiva, veía nítidamente los defectos a la par que se le agrandaban los amores, por más que el fanatismo español de ambas manos no tolera decir verdad, y prefiera el fiel al capaz, el adepto al competente. Otro obstáculo para lograr éxito es que se tachen de antiespañolas voces que no coincidan con el Poder. Luego, con el tiempo, resulta que los intereses de España, los claros y eternos intereses de España, han estado de acuerdo con la verdad, no con políticas circunstanciales, suponiendo que política no sea adaptación al momento. Que no crean lo mismo los políticos, es lógico aunque no bueno, porque la intolerancia ni es seria ni es inteligente. Que no lo practiquen los escritores, es catastrófico. Casarse con España es casarse con la verdad, convenga o no al Poder de turno, porque las políticas pasan y España permanece. Lo demás es ser ganapán, no escritor. Y ser ganapán, quizá no sea indigno, pero es otra cosa. Sería terrible que la verdad se quedase para las cartas privadas, porque alguien adoptase el cínico lema de don Juan Valera referido a cosas de menos monta que la verdad y España: «No hay más remedio que elogiar... o no escribir.»

III

FINAL PATETICO

Don Juan Valera murió ciego. Como no sea por accidente o por enfermedad gravísima, nadie se queda ciego de repente. El futuro ciego tiene conciencia de su final, y durante muchos años siente menguar la luz con angustiosa resignación. Los objetos pierden nitidez en su contorno, precisión, y los colores se funden y empastelan. Las luces bullen de infusorios como gotas de agua al microscopio. Quizá delante del miope haya alguien que le saluda, unos ojos femeninos increíblemente hermosos y amigos; tal vez ante él se da un milagro plástico de la naturaleza asequible a cualquiera que abra los ojos, o por el cielo cruce una estrella para él, que no comprenderá su indiferencia. A lo peor, un día no se verá al espejo, como si fuese éste el que hubiese cegado su alinde.

Y el miope, el futuro ciego, lo que pierde en detalle y color, en extensión, lo acumula en pensamiento, que acaba por no ser amargo, si es que el origen del pensamiento no es impotencia, lo que explica la robustez y la eficacia de la fe y la poesía. El corazón se le irá madurando, convirtiendo en mieles, rugoso de aspecto, sin turgencia de vela o de pecho joven. Si el futuro ciego es poeta, escritor, a la radical soledad del hombre, agrandada por el pensamiento, se añadirá la del desvío social, perfectamente explicable, porque cada uno tiene su vida. No blasfemará porque es impropio de él, pero no justificará muy bien por qué le ha tocado a él la desgracia. Hay muchos ojos fisiológica, estéticamente perfectos, que nada tienen que ver, aunque quizá cumplan otra gran misión: ser vistos. ¿Por qué los suyos no son dignos de ver aunque no merezcan ser mirados?

Don Juan Valera murió ciego. En su correspondencia con Menéndez y Pelayo no hay una queja. Quien no conozca la vida de don Juan, y lea el *Epistolario* que comentamos, se quedará pasmado al enterarse de que aquel hombre hable apenas de su ceguera, como si no fuera con él. Para ser escéptico hace falta ser muy tonto y muy feliz. ¿Pudo ser escéptico quien llevaba un presentimiento de ceguera? Don Juan era escritor y poeta, y no podría quejarse villanamente. No es que no le doliese la herida, pero no es elegante quejarse como si nuestras desgracias fuesen las únicas. Hay muchos hombres que nos dan la gran lección de sonreír con un incendio en las entrañas. El era don Juan Valera, un hombre con la noble condición de escritor. Y el escritor ha de ser un caballero, no sólo con la pluma, en las cuartillas, sino en la vida. El don inteligente, el regalo de las ideas, las más brilladoras y deslumbrantes joyas, obligan a más cada vez. Hay que escribir con la pluma mojada en nobles acciones. El material más directo y valioso para la creación literaria está en el hombre escritor. ¿Qué puede dar un podrido más que podre? Así circulan por ahí, tersas, bien afeitadas, prosas que hieden; que todo lo perfumamos de nosotros, y escribir con pluma de oro no da más ley a las ideas.

¿No habrá que buscar la explicación de muchos de sus arrebatos y desganas, del aparente escepticismo de don Juan Valera, en esta tremenda raíz de la futura ceguera que le iba corcomiendo por dentro, aunque no le atacase la compostura y la sonrisa?